

ALONE

y unas flechas de acero

Alone encontró la felicidad en los libros. Alguna vez se refirió a ello, diciendo que le resultaba imposible olvidar un tiempo en el cual la «suprema dicha» consistía «en vivir cerca de la Biblioteca Nacional, penetrar rápidamente en su enorme sala de lectura, pedir un libro, obtenerlo y, sin perder minuto, sentarse a leer frente a una mesa, bajo una lámpara». ¿Publicar él? Mirando las dificultades que se interponían entre el escritor y su primer libro impreso, por los días de su juventud, explicó que «lanzar a luz un libro equivalía a arruinarse temporalmente».

Los ideales literarios se confundieron con los escritos de quienes él admiraba y ante cuyos altares podía officiar. Los tres maestros de su juventud fueron Taine, Renan y Sainte-Beuve. «Los leía y releía —expuso—, los comentaba, hacía extractos de sus obras, compartía el placer de leerlos con amigos de gustos semejantes, recitando en voz alta páginas suyas (...). Taine: «el sólido, macizo y opulento Taine, rectilíneo, un poco cuadrado, riguroso de pensamiento, rico de expresión, con su fantasía romántica sujeta por un cerebro de estructura clásica, abundante en metáforas que se encadenan de un modo uniforme y compacto».

Ni qué hablar de los valores que aportó «el multiforme, flexible y ondulante Sainte—Beuve», todo lo que era y representó: «infinitamente variado, inteligentísimo, de erudición sin límites, moralista sutil, malicioso, desconfiado, que pasea por el mundo de las letras una mirada sagaz, adaptable a todos los caracteres, respirando sin esfuerzo las más diversas atmósferas, como si hubiera nacido en ellas; dúctil y firme, el más humano de todos, el único sobre el cual no pasan los años».

Del autor de *Orígenes del cristianismo*, del gran Ernesto Renan, ni hablar. Antes de alguna conferencia en el Club de Señoras, en las primeras décadas del siglo, doña Delia Matte de Izquierdo le decía: «Hernán, no mencione a Renan», pues se le reputaba como el que hizo *il gran rifiuto*. Alone rememora: «Indignábame la injusticia con que era

calificado y lo defendía de las tenaces calumnias que lo persiguieron, poeta aéreo, involuntario, perdido en la exégesis bíblica, en las lenguas muertas, entre viejos papeles eclesiásticos y antiguas creencias que, a pesar suyo, con mano suave y sonrisa doliente, iba disolviendo».

Los grandes escritores no eran, para él, necesariamente los clásicos, los mayores de España, de Inglaterra o de Alemania. Ante el altar de dos de los «eternos» alzaba de continuo: Balzac y Proust. Del primero, admite que introdujo «el gran personaje de nuestro tiempo, no nacido ayer, por cierto, ni anteayer, pero que ahora va a dominar la escena como soberano: al dinero, desde antaño, poderoso caballero, pero que ya no va a tener rival. Brotó de la Gran Revolución y la ruina de la sociedad aristocrática, que aún fingía despreciarlo, del fin de las casas feudales por él reemplazadas, con la venta de las tierras y el auge de los negocios y la industria que forman el sustentáculo de la burguesía, y del sufragio popular, cada vez menos restringido. Balzac lo sufrió, lo manejó, quiso alcanzarlo, alcanzó a retratarlo de puertas adentro, como un ser vivo».

Por la obra de Proust, desde la aparición de los primeros volúmenes, tuvo un entusiasmo inacabable. Lo traducía, lo citaba, y aún me parece verle comunicar, entre los restos de su casa incendiada, que se habían salvado los bellos textos proustianos. Alone, que no se sentía cómodo con novelas modernas (ni Joyce, ni Faulkner, ni Virginia Woolf, por ejemplo), se refirió al Tiempo, el gran personaje de la obra de Proust, como Rodin ante las catedrales: «Naturalmente este personaje (el Tiempo) no podía actuar como los héroes de una novela, 'con principio, medio y fin', con nudo y desenlace, y sus dimensiones sólo en la síntesis de esta inmensa catedral podría mostrarse arrancando desde las catacumbas subterráneas, para después lanzarse por las nervaduras de las columnatas, entre las múltiples capillas particulares, hasta las agudas elevaciones de las torrecillas celestes donde cantan voces celestes, aspirantes al infinito».

Se negaba a oír el nombre de «crítica» para definir sus comentarios de libros. Prefería saber que se trataba de «crónicas», de meras opiniones. ¿Qué se puede decir de manera definitiva sobre algo? Cree que la tarea de juzgar no es fácil: «los más grandes yerran siete veces siete». Trazaba límites, es cierto, pero no deseaba imponérselos a nadie, evitando convertir sus impresiones en una sólida religión, con dogmas y liturgias. Nada de verlo como un doctor de la ley.

Al fin y al cabo, la crítica literaria «nada tiene de común con las matemáticas, con la fisiología ni con alguna ciencia natural más o me-

nos exacta. La crítica literaria ha sido, es, y hasta nueva orden, será un género poético, un arte, una manera que tienen los críticos de manifestar su personalidad y decir sus sentimientos a propósito de los autores, en vez de hacer como los poetas o los novelistas que se confiesan con el público a propósito de las personas o de los paisajes que han visto o que han imaginado. Nada más».

La llamada «crítica objetiva» le parecía un absurdo lógico. Sólo la admitía como «ilusión de tratadistas». Lo que le parecía esencial era la norma stendhaliana, la *única regla*: ser claro. Cómo iba a saludar un libro con salvas para la eternidad, si él duda de su propio criterio, porque siempre está dispuesto a cambiar de opinión, «porque en cuarenta años de reflexiones, nunca he descubierto un punto sólido —escribió en 1951—. En materia de estética se desconocen los dogmas infalibles: ignoramos, aún, las leyes del pensamiento y del sentimiento. Sólo pueden advertirse, por esos territorios, oscuras corrientes de sugestión mental colectiva irresistibles. Si ellos me hablan, me discuten, me argumentan, no desespero de proclamar la belleza de lo que hallaba feo y la fealdad de lo que tanto me gustaba. No me sería duro retractarme».

Lo que importaba en él era su verdadera pasión por la lectura. Solitario, se refugia en un picacho cordillerano o en una anteproya para, al dar término a la lectura, subir a los techos —como dice el evangelista— a proclamar la Buena Nueva, la aparición de la obra que lo exalta. A veces no como obra total, sino por alguna *petite phrase*, que se le ocurre música de las esferas; por los guiños de un personaje, por una descripción inmortal, por las gracias del instrumento que toca. Le parecían de *alto riesgo*, como suele decirse hoy día, a propósito de otros asuntos, los perifollos o los adornos, el embellecimiento forzoso, el alarde de ingenio. Amó la medida, «como en los alimentos». Consejos básicos: «no volcar el salero en el plato, no llenar de especias la fuente».

Ponía, como en un libro de oración, virtudes y defectos en un plano visible. El peor defecto: «la falta de sencillez y de buen gusto para elegir las palabras». Virtudes: «la armonía, el equilibrio, la proporción, esa medida griega que encanta a los franceses». Una lengua vive, como quiso Renan, si es sólo un *carquois de fleches d'acier*. Las palabras deben permitirse el reconocimiento entre ellas, puesto que son *seres vivos*: «tienen rostro, son simpáticas o antipáticas, a primera vista, tienen antepasados aristocráticos o plebeyos, tienen situación social, han estado en buena o mala compañía, necesitan ambiente apropiado y varían de matiz según el sitio que ocupan, poseen, en fin todas las complicaciones y los misterios propios del alma humana».

Tiene un ideal perfecto: «escribir como habla todo el mundo y como no escribe nadie, tan sencilla, clara, natural e imperceptiblemente que no se supiera cómo». Siempre se trata, eso sí, de batirse con lo que haya, «sin acudir a las reservas del léxico». Lo principal en su prosa es la extinción *aparente* del esfuerzo. Quienes hemos visto con él algunos de sus originales o los frutos de la escritura en una vieja máquina, no olvidamos el vuelo de pájaros de tinta que acompaña a cada línea, los disparos de fusilería, los flechazos sobre su prosa. A veces pule para hallar la palabra más simple o para quitar la armadura a un concepto. *Pule para hallar la música o la palabra justa. Sin embargo, todos* cuantos traten de seguirlo, y quieran hacer lo propio, habrán de sentirse prolijos y ásperos, sin la natural libertad principesca que él posee.

Alone trae siempre, sin melancolía, un escalofrío nuevo, una duda, una incertidumbre. De ellos extrae fuerzas para no dejarse abrumar inmoderadamente por el optimismo. Frente a Uno sitúa a Otro. Eso le permite poner en el interior de sí mismo la fuente de la contradicción, principio natural de la dicha absoluta. La iconolatría le parece un abuso. «Todas las teorías, sin excepción —dice, tomando pie en las ideologías— son falsas, pero sólo la liberal lo admite. Es la más inteligente, la única que consulta el derecho a dudar. Por eso la prefiero. Lo respeta a uno, le reconoce su independencia. Las otras, sin excepción, esclavizan, maniatan, las encuentro humillantes».

Eduardo Anguita escribió en 1950 que leer a Alone causa «un placer sin sobresaltos». Sin duda, la capacidad que posee el crítico para desechar lo que no le place, olvidando los sentimientos de culpabilidad o el carácter patrimonial de un dogma, son parte del encantamiento. Así, por ejemplo, podrá decir algo relativo a la *crítica del gusto*: «Existen, evidentemente, obras aburridísimas para unos, fascinantes para otros. Eso ya se sabe: dime qué te gusta y te diré quién eres. Pascal sanaba del dolor de muelas resolviendo problemas de altas matemáticas. A Bello le aconsejaban no leer después de las comidas; respondía que no hay digestivo como la Pandectas».

El ideario estético de Alone supone una clave: el poder de sentir un libro. A propósito de los «Lunes» de Sainte—Beuve anotó: «Las letras en él eran vida, saber, ensueño, conocimiento. Eran, además, un paseo entre gentes curiosas; porque el peor de los libros, sabiéndolo exprimir, descubre gotas de dulzura, y, a veces, su granito de sal. Además, para suplirlos, si acaso faltan, está él. Los libros constituyen, a menudo, un gran pretexto». ¿Crítico él? ¿Qué horror había en permitirse una reflexión siquiera sobre tal cosa. «Yo soy simplemente un escritor cuya

fuente de inspiración son los libros», explicó a una periodista. ¿A qué se podría aspirar? «A entretenerse uno y tratar de convencer a los demás para que hagan lo mismo».

A los 86 años dijo que había llegado a tal grado de escepticismo «que casi se confunde con la creencia». Sólo querrá escribir siempre cuando el tema está ahí, junto a él, vivísimo y mirándolo. Su afirmación básica reside en la idea de no propagar doctrina o fundar una escuela o regentar cátedra o dejarse llevar por los maestrizgos. Los azares que prodiga toda subjetividad aligeran el dogma. Si no hay encuentro con el lector, por un asunto de puntos de vista, basta con asegurar que los lectores «ven el libro por el derecho, y yo lo miro al revés». Que alguien se vea en la necesidad de observar cómo Alone toma todo el fin de procurarse una satisfacción personal, caiga quien caiga, lo lleva a afirmar: «El arte ha sido siempre parecido al juego, un modo de gozar y distraerse. Nosotros lo tomamos a tarea. Cuando un autor es entretenido, se desacredita».

No hay un escritor que pueda desecharse en un primer encuentro. El peor de ellos ayuda en algo; éstos conviene leerlos y estudiarlos minuciosamente, pues son «los que enseñan cuanto es preciso evitar, lo que no hay que hacer, los que nos muestran el revés de la senda». Debe tenerse muy en cuenta, ante todo libro, que existe la posibilidad de que no sea una promesa, pero es indispensable tener en cuenta que «la tierra prometida es aquella donde no se está». Si se le clava con el atizador, porque no aspira a ser sardina de ascua alguna, recuerda que leyó por ahí una frase que le impresionó, acerca de «un señor cuya ignorancia tiene ciertas lagunas». Al encontrarla, dijo: «¡Diablo!»

El libro que presentamos ahora viene a complementarse con textos suyos que, en otros momentos, llevamos a cabo. Desde luego, el de *Crónica literaria* (Editorial Andrés Bello, Santiago, 1971) sobre literatura francesa; el de memorias, *Pretérito imperfecto* (Editorial Nascimento, Santiago, 1976), y aquél en el cual recogimos sus crónicas de cines, que él firmara, en la difunta revista *Zig-Zag*, con el seudónimo de «Uno». Hay en cada página de Alone eso que definió admirablemente Filebo: «un esfuerzo gracioso y oportuno en favor de la dignidad de una lengua», lo cual, qué duda cabe, se muestra paso a paso en este libro.

Alfonso Calderón